América del Sur : vista tomada en el arroyo del Rosario.

EL RIO DE LA PLATA. (1)

(República oriental del Uruguay.)

El rio de la Plata es, despues del de las Amazonas, el que parece destinado en la América del Sur, á ser el agente mas poderoso de civilizacion para aquella parte del mundo. Lo primero que llama la atencion, es la aridez de sus riveras desnudas de vejetacion y reducidas á inmensos arenales, sembrados de tal cual arbusto de triste aspecto. Este es el mismo en una estension de muchas leguas, y si por casualidad se descubre alguna habitacion, es, como la pequeña aldea de Maldonado, oculta entre cerros de arena movible. La primera poblacion de alguna importancia, es la capital de la República Oriental, que se estiende al norte del rio, siguiendo el ramal llamado el Uruguay. Montevideo presenta desde luego un aspecto muy agradable; casas con azoteas, dominadas por elegantes pabellones, una multitud

(1) El artista ha dibujado en este paisage una escena de la última guerra, que consiste en la sorpresa de una lancha por una guerrilla emboscada.

de campanarios y cúpulas brillantes, las fachadas de diversos establecimientos públicos y la confusion de colores que produce la agrupacion de las fachadas, le dan un aspecto de alegría que sorprende á primera vista. Su puerto es muy frecuentado, y en él reina grande animacion, pero se halla espuesto á la violencia de los *pamperos* y *suestadas*, que sopian la mayor parte de los meses del año.

Despues de Montevideo, hasta la colonia del Sacramento y las Vacas, pequeñas poblaciones de la república, el aspecto general del pais continua siendo el mismo; territorios arenosos, interrumpidos por álgunas praderas; aquí y allá un verdor mas vigoroso y algunos árboles frondosos que indican el curso de un arroyuelo. En el interior de estos arroyos la naturaleza se presenta bajo formas nuevas; las riberas se muestran ricas de vejetacion y de vida, á cada sinuosidad se descubren bellas praderas en que apacentan los ganados; por todas partes se elevan bandadas numerosas de aves acuáticas y de loros de rico plumage, que cruzan á cada instante de un lado á otro.

A medida que se avanza, las orillas se presentan mas escarpadas y estrechas, hasta el punto en que las ramas se atraviesan, los árboles se enlazan, y es imposible pasar adelante.

Colonia es digna de mencion por la amabilidad de sus habitantes, pero su puerto y sus cercanías no merecen fijar la atencion. Avanzando al oeste, se encuentra la isla de Martin García, cuyo puerto, bien abrigado de los vientos del sur, es la escala natural de los buques que se internan por el rio de la Plata.

En suma, la República Oriental, cuya poblacion pasa en la actualidad de 300,000 almas, es una vasta soledad; á escepcion de una poblacion, Montevideo, no cuenta con otra cosa que con algunas mezquinas villas. Las campiñas pobladas en otros tiempos por numerosas tribus de indios, lo están hoy casi esclusivamente por rebaños de animales salvages. Este pais, en que la naturaleza prodiga tantos tesoros, parece abandonado por el hombre, y es difícil preveer la época en que podrá entrar en la via de prosperidad, á que le hacen acredor su posicion y su hermoso clima.

Descubrimiento y ocupacion de la California por los españoles, é idea que estos tuvieron de su produccion aurífera.

Vencedor Hernan Cortés en la metrópoli de las calumnias y asechanzas de sus émulos, triunfo en que acreditó no menor prudencia y grandeza de ánimo que en el someter imperios y debelar ejércitos, volvióse al Nuevo-Mundo para seguir acumulando provincias bajo el cetro español. Estiéndese al norte del entonces llamado imperio mejicano, un dilatado territorio desigual en clima, en producciones y en aspecto: su pobreza mas que lo áspero de sus cordilleras y lo infecundo de sus arenales mantúvole ignorado y sirviole de barrera contra la corrompida civilizacion azteca y sus crueles ritos. Pareciéndole á Cortés que tras de aquellos bosques y desiertos se abria un nuevo campo á su insaciable deseo de gloria, determinó engolfarse en el mar del Sur que aun no habia reflejado otro pabellon que el español, con direccion al norte, para desembarcar y tomar posesion de aquellos que juzgaba en sus dorados ensueños poderosos estados. Mas la fortuna cansada de mimarle le retiró esta vez su favor. Perdidas dos de las tres naves que componian la flota, y cabalmente las que llevaban los bastimentos, acogiéronse los españoles á una isla esteril cuyos eriales ni aun les ofrecian agua para apagar la sed. Cortés veia sucumbir cada dia valientes soldados y antiguos compañeros bajo el peso de las fatigas y de las enfermedades, no columbraba auxilio de ningun género, y sin embargo lastimábale tanto el volver á Nueva-España sin naves, sin gente, sin tesoros y sin noticia del supuesto imperio, que adoptó una de esas resoluciones que solo engendran almas de muy elevado temple. Se decidió pues, á proseguir en su empresa hasta llevarla á cabo, ó á que las olas guardasen para siempre el secreto de su desgracia. Su amigo Bernal Diaz del Castillo despues de describir el miserable cuadro que presentada el campamento español en aquella roca inhabitable, añade, que «por no ver Cortés delante de sus ojos tantos males, fué á descubrir á otras tierras, y entonces toparon con la California que es una bahía.» Llegó á alarmar la tardanza de Cortés á su esposa que ya temia hubiese terminado sus dias la furia del mar ó de los bárbaros, como los de tantos otros intrépidos descubridores, y al virey don Antonio de Mendoza amenazado de un levantamiento de todos los caciques del reino porque creian ya muerto al conquistador: que tal era el imperio que ejercia aun ausente este hombre estraordinario sobre aquella nacion belicosa que bastábale saber que existia para mantenerse sumisa. Enviaron en su busca á Francisco de Ulloa, el cual le encontró en la bahía de la Paz, y habiéndole hecho presentes las inquietudes y peligros que reclamaban su vuelta, consintió en hacerse á la vela para Nueva-España.

Lejos de desmayar Cortés con los anteriores reveses equipó á su costa otras tres naves que al mando del dicho Ulloa zarparon de Acapulco pocos meses despues para reconocer las costas que rodean el golfo que ha llevado el nombre de su insigne descubridor. El éxito de esta espedicion, el juicio que del pais formaron los españoles y el fruto que de ella sacó su promovedor refiérelo el cronista Gomara con esa naturalidad que caracteriza á los primitivos historiadores de Indias.»... Del Guiaval, dice, atravesaron á la California en busca de un navío, y de allí tornaron á pasar por aquel mar de Cortés, que otros dicen Bermejo, y siguiendo la costa mas de doscientas leguas hasta do fenesce, que llamaron Aucon de San Andrés por llegar allí su dia. Tomó Francisco de Ulloa posesion de aquella tierra por el rey de Castilla en nombre de Fernando Cortés. Está aquel Ancon en 32 grados y aun algo mas..... Hay por aquella costa muchos volcanejos y están los cerros pelados. Es tierra pobre..... Del Ancon de San Andrés, siguiendo la otra costa llegaron á la California, doblaron la Punta (el cabo de San Lucas), metiéronse por entre la tierra y unas islas y anduvieron hasta emparejar con el Ancon de San Andrés; nombraron aquella Punta el cabo del Engaño y diera vuelta para la Nueva-España por hallar vientos muy contrarios y acabárseles los bastimentos. Estuvieron en este viage un año entero y no trajeron nueva de ninguna tierra buena: mas fué el ruido que las nueces. Pensaba Fernando Cortés hallar por aquella costa y mar otra Nueva-España, pero no hizo mas de lo que dicho tengo..... Gastó doscientos mil ducados, ca envió muchas mas naos y gente de lo que al principio pensó, y fueron causa como despues diremos, que hubiese de tornar á España, tomar enemistad con el virey don Antonio (de Mendoza, hermano del marqués de Mondejar), y tener pleito con el rey sobre sus vasallos, pero nunca nadie gastó con tanto ánimo en semejantes empresas.» (Crónica de la Nueva-España, cap. 189.

A pesar de la ninguna recompensa que hasta entonces habian hallado los esploradores, avivó en ellos el deseo de examinar mejor aquella tierra las exageradas relaciones de unos españoles, que náufragos ó estraviados se habian internado muchas leguas y que despues de mil penalidades habian logrado volver á Nueva-España, sobre la riqueza de las perlas que se criaban en sus costas y sobre el poderio de un reino que suponian en lo que despues fué provincia de Sonora y Cinaloa, relaciones que confirmaron unos frailes á quienes habia llevado hasta allí su celo por esparcir la semilla evangélica. Quiso Cortés ser gefe de una nueva espedicion, honor que le disputaba el virey Mendoza por creer que se le presentaba ocasion de engrandecerse oscureciendo la gloria del ilustre guerrero de quien en su visible vanidad se juzgaba competidor. Dirimióse la contienda enviando á un tercero, á Francisco Vazquez Coronado, el cual llevó mas de mil hombres y por guias á los frailes ratificadores de las maravillas contadas por los estraviados aventureros. Completo fué el desengaño: en vez de fuertes y pobladas ciudades hallaron miserables aduares de indios; y en lugar de ricos y florecientes reinos, áridos campos que no les brindaban con ningun género de bastimento. Asaz menguado su número llegaron los infortunados espedicionarios á Méjico en 1542. Impaciente Mendoza por señalarse en su gobierno despachó en este mismo año una lucida flota al mando de Juan Rodriguez Cabrillo, quien registró la costa occidental de la península hasta los 44 grados, dando nombre de *Mendozino* en honor del virey á uno de los cabos mas avanzados. Aportó á Nueva-España á principios de 1543.

Olvidada quedó la California durante casi toda la mitad del siglo XVI y hubiéralo sido por mas largo tiempo si Drake y otros temidos corsarios ingleses y holandeses no la hubiesen escogido por guarida. Habiendo sido apresado varias veces por estos piratas el rico galeon de Filipinas, pensó

sériamente nuestro gobierno en formar allí establecimientos. Cometióse este encargo al capitan Sebastian Vizcaino, *hombre de buen juicio, buen soldado y plático en semejantes cosas*, segun un historiador que debió conocerle. Fué allá en 1596 con una flotilla compuesta de tres buques, recorrió la costa oriental á la entrada del golfo, tremoló en algunos puntos el pendon real y disparó artillería en señal de que tomaba posesion, ceremonia practicada ya por Ulloa. Descansó algunos dias en el puerto de la Paz, así llamado por las muestras de amistad y afecto con que le recibieron los naturales, que aun hacian memoria de Cortés y conservaban algunas herramientas y utensilios de los que les dejaron los españoles. No obtuvo Vizcaino igual acogida en otros lugares: víctimas muchos de sus soldados de la perfidia de los indios ó de su incontrastable superioridad numérica, y no pocos de las enfermedades que ocasionaba la escasez y mala calidad de los víveres, dió la vuelta á Acapulco dejando registrados algunos buenos puertos y llevando pruebas de que no exageraba la fama en lo que decia de la abundancia de perlas en aquellos mares.

Hacíase sentir cada vez mas la necesidad de un buen fondeadero para que hiciese escala el galeon que venia á Acapulco. Volvió Vizcaino en 1602 por órden del gobierno á reconocer la costa occidental de California y subiendo á la altura de 47 grados descubrió el escelente puerto de Monterey, que así le llamó en memoria del conde de aquel nombre á la sazon virey. Ofreciendo este puerto mas ventajas que ningun otro de aquella parte para el objeto deseado, tornose el capitan á participarlo al gobierno de Nueva-España. No debió ir mal á los intereses de Vizcaino en estas dos espediciones á costa de la real hacienda, pues á poco vino á la corte á solicitar licencia del consejo de Indias para emprender la tercera. El consejo, á quien eran mas visibles los gastos que los resultados de tales espediciones, provechosas por lo comun solamente á quien las dirigia, demoró dar el permiso para esta hasta cerciorarse de su conveniencia por los informes de las autoridades de Méjico; «pero el general Vizcaino, á quien sobraba corazon para luchar con las borrascas y calmas del mar, dice un historiador, no le tuvo para luchar con las calmas y varios vientos que emperezan y agitan el mar de la corte, y saliendo de ella mal contento se volvió á Nueva-España á buscar un retiro, en que pasar en paz el resto de sus dias.» Infundado fué el despecho de Vizcaino, pues no tardó en seguirle una real cédula dirigida al virey para que le franqueara cuantos recursos necesitase para el tercer viaje. Frustrose este por haberle sorprendido la muerte próximo ya á hacerse á la vela.

Muerto quien mas acaloraba estas empresas, abandonó nuestro gobierno de todo punto la idea de colonizar la California, y durante casi todo el siglo XVII, no volvió á sonar en el consejo de Indias el nombre de este pais, sino con motivo de las solicitudes que se hacian por los capitanes de buque ó por especuladores, deslumbrados por la grangería de las perlas, para que se les permitiera tocar ó recorrer sus costas. En 1613 se dirigió allá el capitan Juan Iturbi, y llegó hasta los 30 grados, impidiéndole pasar adelante los noroestes y la falta de víveres; volvióse á Acapulco escoltando el galeon. Las muchas perlas de raros tamaños y subidos quilates que presentó en Méjico como una corta muestra de la riqueza que encerraba el mar que bañaba las riberas Californias, causaron allí un efecto comparable al que han producido las nuevas del oro del Sacramento, en algunas ciudades de ambos mundos. Dieron los mejicanos por descubierto un nuevo potosí, y en gran número vinieron pidiendo licencia para ir á esplotarle. Obtúvola por su mayor favor ó diligencia Francisco de Ortega, el cual hizo tres viajes en los años de 1632, 33 y 34, á la bahía de la Paz, que era la parte de costa que pasaba por mas abundante en placeres ó criaderos de perlas, trayendo en cada uno buena cantidad de ellas.

Propúsose Ortega persuadir al virey y á la audiencia de la necesidad de poblar por españoles aquel pais, y poner guarniciones que protejieran á los nuevos pobladores é impidiesen establecerse á los estrangeros, que tarde ó temprano atraeria un tan lucrativo ramo de comercio, pero mientras él andaba en estas gestiones, su piloto Esteban Carboneli, velando su codicia con promesas de nuevas investigaciones en el mal conocido golfo, alcanzó la vénia para hacer una espedicion, que verificó en 1636, sin otro resultado que el de recoger cuantas perlas pudo. Tan infructuosas para el gobierno como las ya mencionadas, fueron las demas espediciones á la California, que tuvieron lugar en los años siguientes hasta el de 1683.

Iba transcurrido siglo y medio desde el descubrimiento de la California, y el conocimiento que de aquella tierra tenia el gobierno de la metrópoli, habia adelantado muy poco al que habia dado su descubridor. Las dificultades para su ocupacion, habian crecido con el odio de los indígenas á los europeos, que les maltrataban para robarles las perlas, y desapiadadamente les obligaban á bucear sin descanso, dándoles no pocas veces el espectáculo de sangrientas reyertas sobre el reparto del botin. Los esploradores convertian toda su atencion hácia la pesquería de perlas, y nunca se internaban, juzgando el interior tan esteril como la costa, y luego volvian diciendo que por mas entradas y registros que habian practicado, no les habia sido posible hallar sitio acomodado para poblar, con lo cual se arraigaba cada vez mas la idea que se tenia de la mala calidad del suelo de California, y se separaba de allí la atencion del gobierno. En fin, era tal la ignorancia en que se estaba respecto de aquel territorio, que no se sabia si era isla ó península. Mas comprendida por el consejo de Indias la importancia que iba tomando aquella region con el tráfico de las perlas, se decidió á hacerla provincia española algo mas que en el nombre. Encomendóse esta obra á Don Isidoro Otondo y Antillon, el cual partió con una armada en 1683, acompañado de varios jesuitas que llevaban por superior al P. Kino, célebre misionero aleman. Desembarcaron en la Paz, y aunque á los naturales no se les vió esta vez muy inclinados á justificar el nombre de su bahía, mostráronse, sin embargo, pacíficos al oir los disparos de los mosquetes y ver sus estragos. Hicieron algunas escursiones los misioneros encontrando cuanto mas se alejaban de la costa, los indios mas afables y el terreno si bien áspero menos ingrato. Permanecieron los españoles en aquella bahía por espacio de tres meses, teniendo alguna vez que hacer uso de las armas para que siguiera la aparente y forzada amistad de los indios; pero alarmados con la tardanza de un buque que habian enviado en busca de bastimentos, reembarcáronse y fueron á proveerse de ellos á la costa de Cinaloa, donde para lograrlo tuvo Otondo que empeñar sus alhajas. Volvieron á California, habiéndose unido en la travesía al buque que creian perdido, y dieron fondo en una ensenada á 26 grados y medio que llamaron de San Bruno. Desembarcaron al encontrar el lugar abundante de agua y leña, y á propósito para poblar, y fabricaron una iglesia, en torno de la cual agruparon varias casas. Filosófica y loable costumbre la de los descubridores españoles, elevar ante todo el altar del verdadero Dios y la cátedra de la verdad! Residieron en este punto cerca de dos años, pero no habiendo llovido ni una sola vez en todo este tiempo, principiaron á murmurar los soldados y á clamar por la vuelta á Nueva-España. Los misioneros, que con el trabajo que es de suponer, habian conseguido aprender aquella lengua bárbara, hasta poder traducir en ella el catecismo, y que encontraban á los indios muy dispuestos á recibir la fé cristiana, oponíanse con todas sus fuerzas á los deseos de los soldados; mas prolongándose la sequía y siendo generales las quejas, consintieron al fin, con harto pesar suyo, en abandonar una tierra que tan copiosos frutos espirituales ofrecia. Incorporóse la flota espedicionaria al galeon de Acapulco, y arribó á esta ciudad á los tres años de haber emprendido el viage. Costó esta jornada de Otondo á la real hacienda doscientos veinticinco mil pesos.

El gobierno español en aquella desdichada época, con el tesoro agotado, el pueblo miserable y cargándose cada vez mas de atenciones dispendiosas, no dejaba parar dinero alguno en las cajas de ultramar; así es que cuantas espediciones á California se intentaron despues, fracasaron por falta de metálico. Solo una se llevó á cabo en lo restante del siglo y eso porque el capitan la hizo á su costa. Fué esta la de Francisco de Itamarra en 1694, el cual trajo grandes quejas y reconvenciones á los misioneros de parte de los indios, porque no habian vuelto, como segun parece, les habian prometido al despedirse.

Tiempo hacia que andaban gestionando los jesuitas para que se les encomendára la reduccion de la California. Despues de sufrir por mas de veinte años contestaciones negativas, ó de ver eludidas sus pretensiones con mal disimulados subterfugios, otorgóseles al fin el tan ansiado permiso, sujetándoles empero á estas dos condiciones: no gastar ni librar contra la real Hacienda, y tomar posesion de las tier-

ras en nombre de S. M. (1). La piedad que edificaba catedrales y monasterios mas suntuosos que los palacios de los reyes, vino á protejer la causa de la civililizacion. Encuéntranse en las listas de los suscritores que contribuyeron para la fundacion y sostenimiento de las misiones de la California, particulares, corporaciones y cofradías que dieron diez, quince y veinte mil pesos, y no pocos que ademas del primer donativo les asignaban una renta anual. Partió el P. Salvatierra en 1697, llevando por toda compañía cinco soldados y un cabo, y desembarcó en la bahía de Loreto, donde fundó la primera mision, la cual, andando el tiempo, creció tanto en poblacion que ha venido á ser la capital de la antigua California.

No seguiremos los pasos del misionero en sus entradas y escursiones por el interior de la desconocida península. Verdadero imitador de la abnegacion y constancia de los discípulos del Salvador, renuncia á las comodidades de la vida civilizada por llevar la luz á sus semejantes, y abandona, tal vez para no volverlo á pisar, el suelo que le vió nacer; surca los mares sin sobresalto y arriba á playas inhospitalarias ó desiertas. Afanoso por distinguir la huella del hombre, se interna por selvas impenetrables y por desiertos de abrasada arena, teniendo por único testigo de sus padecimientos á la naturaleza que se le muestra en toda su imponente y salvage magestad. Si mueven su lengua las alabanzas del Altísimo, solo responden á sus sagrados cánticos las hojas que agita el viento, las fieras que rugen, ó el torrente que se despeña, y cuando se reclina sobre el polvo para aliviar con un ligero sueño sus miembros fatigados, dirige al cielo las plegarias del moribundo, porque no sabe si se arrodillará al otro dia para saludar la nueva aurora. Encuentra al fin los seres que buscaba, ingiérese entre ellos, y con inminente riesgo de ser sacrificado trabaja por inculcarles los principios de la fé, hasta que consigue que aquellas frentes indomables se inclinen para recibir el agua que regenera. Entonces se les asocia amoldándose á sus groseras costumbres para suavizarlas, y la misma mano que los bautiza y bendice abre los surcos, arroja la simiente, planta frutales y edifica albergues. El misionero es el padre, el juez, el maestro, el consejero y el médico de la tribu, é instruyendo y consolando consume su ignorada existencia, hasta que el Criador le llama á descansar, y entonces una cruz sin inscripcion señala el lugar de su sepulcro.

Esta milicia de la Iglesia, en menos de ocho años adelantó mas en la ocupacion de California, que en dos siglos los capitanes y aventureros citados. He aquí un fragmento de una carta del P. Salvatierra, dirigida al rey y fechada á 25 de mayo de 1705, dándole cuenta de la estension del territorio sometido, de la adhesion de los habitantes y del amparo que allí encontraban los náufragos: concluye con un dato que hacen bastante precioso las actuales circunstancias de aquel pais. «El estado hoy dia de la California consiste, en ser el Rey nuestro señor poseedor de cincuenta leguas de playa desde la bahía de la Concepcion, hasta la de Agua-verde, y otras cincuenta leguas de la tierra adentro, ó riñon de la sierra entre los dos mares; y en estas cien leguas de circuito toda la tierra de paz, que toda la andan los padres solos sin escolta de soldados, obedientes los naturales de toda esta circunferencia á la voz de los padres y orden del cabo militar, prontos á tomar las armas á nuestro favor, con mil y doscientos cristianos y otros catecúmenos y gentiles. Ademas de la tierra reducida ó conquistada hay otras descubiertas solamente, como son tres caminos para la contra costa del poniente, hasta llegar á las mismas playas, y visitadas dos jornadas de dicha playa, por donde viene la Nao de Filipinas..... Es ya la California refugio de españoles derrotados de tempestades del mar del Sur, de modo que dos años há se abrigaron setenta personas, perdidas ya sus embarcaciones, que todas hubieran perecido: y *ya empieza á haber buenos asomos de minas* en el descubierto y obediente pais.»

Entre los grandes proyectos de Alberoni para reconstruir y elevar á la vasta y descuadernada monarquía española á la posicion que le correspondia, existió, segun dicen, el de colonizar la nueva California, que así se llamó á la parte que se estiende al Norte de la península, con objeto de facilitar las comunicaciones con las provincias centrales de la América Septentrional, y dar mas actividad é importancia al tráfico con las islas Filipinas, á las que trataba de hacer el emporio del comercio asiático. Desapareció de la escena política Alberoni, y con él sus proyectos de rápido engrandecimiento, casi todos por lo gigantescos irrealizables. Diremos en su honor, ya que algunos han pretendido demostrar que en él corrian parejas la corrupcion y la sed de mando, que rechazó la propuesta de cierto mercader de Nueva-España que le ofreció ochenta mil pesos porque le nombrára gobernador de la California, llevando las patrióticas miras que son de suponer, en quien por tal camino llevaba las pretensiones.

Cristobal Colon.

En 1719 se dió órden al Virey de Méjico para que se hiciesen nuevas investigaciones á ver si se hallaba el tan buscado puerto en que habria de hacer escala el galeon de Acapulco. Fueron por tierra desde Loreto á reconocer la bahía de la Magdalena que distaba setenta leguas, el P. Guillen y el capitan Rodriguez Lorenzo con buen número de soldados. Llegaron á ella, habiendo sufrido mucho en la penosa travesía, y la juzgaron bastante capaz y abrigada para acoger buques de gran porte, pero no encontraron en sus alrededores señales de agua dulce, con lo cual todos se volvieron á dar cuenta del inútil reconocimiento. Dos años despues se confió la direccion de una espedicion por el golfo al Padre Ugarte. Salió de Loreto en una balandra construida en la misma California y tripulada por indígenas, llevando un inteligente y esperimentado piloto, de nombre Guillermo Sfrafort, que tal vez seria alguno de aquellos irlandeses que arrojados por la miseria de su pátria, pasaban á España ó á sus colonias á buscar fortuna. Siguieron la costa oriental hasta la embocadura del rio Colorado, sin descubrir canal ni estrecho alguno que comunicara con el mar del Sur, y por lo tanto se cercioraron de que la California era península y no isla como no pocos afirmaban. El derrotero del P. Ugarte sirvió para rectificar el mapa de aquella region, y sus curiosas observaciones vinieron al Consejo de Indias, para quedar sepultadas en el océano de su archivo.

Continuaban los jesuitas estableciendo misiones donde podian conseguir que los naturales abandonáran la vida errante, hábito el mas arraigado y difícil de destruir en el salvage, cuando un acontecimiento funesto vino á malograr

(1) Llamamos sobre esto la atencion del lector si es de los que creen tan omnímodamente preponderante el elemento teocrático en aquel infausto reinado que no tenia otro regulador que su propia voluntad. Todavía le parecerán mas estrañas estas repulsas á los deseos de los jesuitas, si considera la privanza de Nithard, y que no pocos de los muchos confesores que los partidos de la córte ponian y quitaban al rey para que favorecieran sus respectivos intereses, eran jesuitas.

el fruto de largos años de trabajos. Fué esta la sublevacion de los indios del Sur, los cuales dieron cruel muerte á dos misioneros y ahuyentaron los demas que habia por aquella parte. No paró aquí el desastre, sino que habiendo el año anterior (1734) arribado el galeon al cabo de San Lucas para tomar agua y desembarcar los enfermos, siendo muy bien acojidos por los jesuitas que les dispensaron cuantos socorros estaban á su alcance, determinaron hacer en este lo mismo no teniendo noticia alguna de lo ocurrido; en efecto saltaron en tierra sin prevencion ni temor alguno los españoles, mas los indios que al divisarles se habian ocultado para que desembarcaran sin recelo, cayeron de improviso y en gran multitud sobre ellos, mataron un buen número y destrozaron el bote en que se habian acercado á la playa. Con las nuevas de tales atentados el virey envió soldados que reprimieran la sublevacion y guarnecieran el cabo: pero allí, apartados de la vigilancia de gefes superiores, entregáronse á la codicia y al desórden de tal modo que estuvo á punto de estallar un nuevo levantamiento. Tuvóse pues por mas acertado retirar el presidio y dejar á los misioneros que por sí gobernaran y se las aviniesen con su ingrato y descarriado rebaño.

Desde los tiempos de Alberoni hasta los de Carbajal no se nota que el gobierno español se acordase de que tenia una provincia llamada California. Mandó en 1744 el segundo de los citados ministros, hombre de no muy largos alcances pero de recta intencion y acendrado patriotismo, que se estableciesen misiones en la Nueva California y que por cuenta de la real hacienda se emplearan dos balandras armadas en recorrer la costa occidental, para acudir á sofocar cualquiera rebelion, perseguir los piratas, escoltar el galeon y coger perlas: sobradas atenciones en verdad para dos balandras. A mediados del siglo el comercio de las perlas llegó á tomar un incremento casi fabuloso, baste decir que cada quinto de barco de buzos estuvo arrendado por muchos años en doce mil pesos. En cuanto al conocimiento de la produccion mineral muy poco se habia adelantado. «De minerales no se ha hecho exacta averiguacion, escribia un autor bien informado del estado del pais en una obra que se imprimió en Méjico á poco de promediar el siglo pasado, pero segun el parecer de algunos inteligentes, en algunos parages, como en la Sierra Pintada, hay todas las señales de minerales de plata y oro..... No será de estrañar que sean muchos y muy abundantes los mineros en la California, cuando en la costa opuesta, en la provincia de Sonora y Pimeria, son tantos como se sabe, y tan ricos como se vé, entre otros en el Real de Arizona, y como se vió aun mejor por los años de 1730 en el descubrimiento de una montaña de la Pimeria, no lejos de este Real, que á poca diligencia dió tanta plata que admiró á toda la Nueva España, dudándose si era mina ó depósito de tesoros escondidos. Tampoco se han reconocido algunas que parecen vetas de otros metales.»

(Se concluirá).

José Godoy Alcantara.

CRISTOBAL DE MONDRAGON.

(Conclusion).

Amberes defendida por el Escalda, á cuyas márgenes se eleva, era reputada por inespugnable, mayormente cuando tenia la ciudadela, como acontecia en la presente ocasion. Todas estas razones tenian gran peso en la prudencia de Alejandro, y jamás se hubiera resuelto á emprender el sitio contra la opinion de los demas cabos de su ejército; quiso, pues, oirles en consejo: el voto fué casi unánime porque se desistiese de tal idea: solo Mondragon sostuvo lo contrario en un breve razonado discurso en que lució sus vastos conocimientos en el arte de la guerra, acabando por convencer á los que mas oposicion habian mostrado. Acordes ya, ordenaron un plan de sitio tan atrevido y grande como requeria empresa de tamaña consideracion. Un verídico historiador habla de él en los terminos siguientes: »Ahora tengo que referir el mas memorable ataque que jamás se habrá dado á otra ciudad alguna. Porque nunca »con mas operosas molestias se habrán enfrenado los rios, »ni los ingenios se armaron con mas osadas invenciones, »ni se peleó con gente de guerra que, en mas repetidos »asedios hubiese hecho provision de destreza y de coraje. Aquí se echaron fortalezas sobre los arrebatados rios, »se abrieron minas entre las ondas, los rios se llevaron »sobre las trincheras, luego las trincheras se plantaron so»bre los rios, etc.» Y no se crea que hay nada de hiperbólico en esta descripcion, pues allí se pusieron en práctica, con buen éxito, cuantas invenciones puede sugerir la ambicion de gloria. Amberes se ganó despues de un año de asedio y repetidos choques en que siempre se vió á Mondragon afrontando el primero los peligros. En recompensa de tan buenos servicios le nombró Alejandro gobernador de la ciudadela; pero con espresa condicion de que no se le habia de tener encerrado allí mientras hubiese peligro en otras partes, «pues si llegase, decia, á mis oidos el ruido »de las picas y el sonido de los mosquetes, tenga Vuese»lencia por cierto que en aquel punto y hora acabará mi »gobierno; asi que, provea las cosas de modo que pueda »yo salir y entrar cada y cuando los lances de la guerra lo »requiriesen.» Escuchadas fueron con gusto sus razones, y despues de acceder á su peticion quedó con el mando de la ciudadela, que fué reparada por hábiles ingenieros. Tambien desempeñó el cargo de gobernador de Gante. No se sabe la época de su vida en que peleando contra los franceses fué hecho prisionero; es lo cierto que habiéndole conducido á Paris, se le encerró en la Bastilla, y cuando mas envanecidos estaban nuestros enemigos de tener á buen recaudo á un hombre que tanto les habia molestado, burló un dia la vigilancia de sus guardas y presentose sano y salvo al frente de sus soldados. Era Mondragon hombre de elevada estatura, de una gordura proporcionada, pero no tanto que quitase la agilidad de sus miembros: tenia la nariz aquileña, los ojos grandes y vivos y el rostro afable y hermoso. Espresaba con claridad sus pensamientos, y tenia el don de escoger las palabras mas persuasivas, siempre que hallaba contrarios pareceres para llevar á cabo alguna empresa. Vivió siempre con la mayor estrechez, pues aunque el rey, en recompensa de sus muchos servicios, le hizo merced en 1578 de 800 escudos de renta en el reino de Nápoles, sobre cobrarse mal esta dádiva, se hallaba Mondragon cargado de familia, y eran muchos los gastos que la guerra le ocasionaba. Corria el año de 1591, y á los ruegos de Alejandro Farnesio para que se retirase del servicio, pues la edad de 87 años era la mas á propósito para el descanso, respondia que en el campo habia nacido y en el campo queria morir, y, pues, que jamás habia hecho peticion alguna á sus superiores, le serviria de gran disgusto ver desairada la primera que era seguir sirviendo hasta acabar la vida. Cuatro años despues le sorprendió una aguda enfermedad, que iba en breves momentos consumiendo su existencia. No se le ocultaba al esforzado campeon: con faz tranquila y ánimo sereno hizo colocar su lecho frente de una ventana desde donde se divisaba á lo lejos un campamento, y allí, puestos en él sus moribundos ojos y su corazon en Dios, exhaló el último suspiro con sentimiento de todo el ejército que envidiaba sus virtudes y admiraba su valor, siempre presagio de la victoria.

M. J. Diana.

PESO DE UN POCO DE PAJA.

LEYENDA PIADOSA.

Il faut lire la vie des saints dans le même esprit qui l'a dictée.-Si la foi vous manque laissez là, ce récit des vieilles époques, votre sourire est trop facile pour être de bonne compagnie et de bon goût.

Jules Janin.-*Feuilleton du Journal des Debats.*
29 *Juin* 1844.

Las cosas santas se deben leer con el mismo espíritu conque fueron escritas. Si os falta la fe, dejad de leerlas; vuestra escéptica sonrisa es demasiado fácil y vulgar, para ser de buen gusto ni de buen tono.

Rien qui soit ennemi du cœur comme l'esprit.

Alexandre de Lavergne.

No tiene el corazon peor enemigo que la cabeza.

Habia un señor, rico y poderoso; que vivia en su castillo, del cual no salia sino para guerrear, asolar los campos de sus vecinos, saquear los pueblos, y robar á los viageros. Era tan malvado y cruel que nada humano habia quedado

en su corazon, sino el amor á su muger, apacible y bella criatura, que pasaba los dias y las noches llorando las maldades de su marido, y pidiendo á Dios se las perdonara. En vano su marido la rodeaba de cuantos goces dan el lujo y la riqueza; de nada disfrutaba la humilde señora, nada queria, nada deseaba, sino la conversion de su marido.

En una espantosa noche de invierno en que el cielo desencadenando tempestades, parecia querer acabar con la tierra, estaba sentada la señora delante de una gran chimenea en que ardia una brillante hoguera. El viento mugia entre las torres, cual si le enojara su resistencia; las nubes arrojaban sus aguaceros con ira; los relámpagos atravesaban caprichosamente las tinieblas como espíritus malos: todos los vivientes buscaban un abrigo contra la inclemencia de aquella lóbrega noche; pero el señor del castillo aun no habia vuelto de su correría, la angustiada esposa rezaba.

Oyóse llamar á la puerta, y poco despues, un criado entró en la estancia y dijo á su ama, que dos pobres religiosos, cansados, casi muertos de frio y de necesidad, perdidos en aquel pais agreste pedian ser acogidos en la fortaleza, aunque fuese en el establo. La buena señora se sobrecogió, porque sabia que su marido odiaba á los religiosos, y le era tan sumisa, que ni el bien se atrevia á hacer sin su beneplácito. Pero ¿cómo rehusar á los santos varones una súplica tan humilde?

«El señor no lo sabrá,» dijo el buen criado, que al ver á su señora suspensa adivinó sus pensamientos: «al rayar el dia se irán.»

La castellana consintió en ello, encargando al criado que los escondiese bien en la caballeriza.

No bien hubo salido cuando sonó una trompa, y el galope de los caballos, anunció la llegada del señor. A poco rato entró, y despues de haber trocado su armadura teñida en sangre, con un rico vestido de seda forrado de ricas pieles, se sentó con su muger á una mesa profusamente servida de ricos manjares, sobre la cual innumerables bugias blancas, finas, suaves como vírgenes, esparcian su melancólica y pura luz.

La castellana, ricamente prendida con un trage de terciopelo verde bordado de oro y pedrerías, no comia: el resplandor de las luces se reflejaba en los brillantes que cubrian su frente, y en las lágrimas que surcaban sus mejillas como otro adorno mas, porque eran de aquellas con que el corazon hermosea el rostro.

¿Qué teneis? Díjole su marido con cariño.

No respondió.

¿Temíais por mí, en esta noche de espantoso temporal? Pues fuera temores, ya me teneis aquí sano y salvo, pésele á Satanás.

La hermosa castellana, no respondia y seguia llorando, porque las lágrimas son hermanas bienavenidas, á una sigue otra, en pos de una van mil.

Pero él, á quien su ángel bueno habia guardado en su corazon el amor á su muger, como una áncora de salvacion, se afligió de verla llorar, y la dijo:

Contadme, señora, lo que os aflige, y juro por mi barba, enjugar vuestras lágrimas, si está en mi poder hacerlo.

Señor, respondió su muger, lloro, porque mientras aquí disfrutamos de todos los bienes de la vida, otros carecen de lo necesario; porque mientras esa llama se levanta viva y alegre, y nos envia su calor como una caricia, otros tiritan de frio: mientras estos manjares escitan al paladar con sabrosas exhalaciones, otros, señor, tienen hambre... y por eso, se anuda mi garganta y no puedo comer.

Pero, señora, la dijo su marido, ¿quién sabeis que se esté muriendo de frio y de hambre?

Dos pobres religiosos, señor, que me pidieron albergue y que están en la caballeriza.

El marido frunció el ceño.

¡Frailes! dijo, holgazanes, pancistas, petardistas! qué, querian regalarse á mis espensas.

No han pedido mas, que un techo y un poco de paja.

El castellano llamó á sus criados.

¡Oh! señor, señor, dijo sollozando la castellana, no los echeis fuera! acordaos de vuestra promesa.

Perded cuidado, contestó el marido, comerán, se calentarán y además me servirán de diversion. Ya vereis!

Mandó en seguida á los criados que los trajesen á su presencia.

Disipóse, no obstante, el amargo humor chancero del castellano, como la fria y opaca niebla que levanta la noche de un pantano á los primeros rayos del sol; cuando se presentaron á su vista los religiosos: por un impulso involuntario se puso en pié, y la impia chanza que asomaba á sus lábios, retrocedió como una serpiente que se encoje y se vuelve á su cueva. Porque ello era, que habia en el rostro del mas anciano, en los cabellos blancos que coronaban su vejez, como corona una orla de albas rosas la juventud, en la serenidad de sus ojos, en la gravedad de su boca, una dignidad que señoreaba, una mansedumbre que atraia, un poder, capáz de sujetar y conmover un alma corrompida y helada.

Mandólos el señor sentar á la mesa, y guardó silencio por un breve rato. Pero el religioso, fiel á su obligacion, hizo oir la palabra de Dios en aquel lugar de donde habia sido desterrada, huyendo al corazon de la castellana como á un santuario. Callaba el señor, y escuchaba mirando á su muger, que con ansiosas miradas y cruzando sus blancas manos, miraba al misionero, como el marino en noche de tormenta mira de hito en hito el faro, que le indica el puerto de salvacion, mientras sus lábios murmuraban: «bendito es el que escucha!»

Concluida la cena, cogió el castellano una vela y alumbró y llevó, él mismo á sus huéspedes, al mejor aposento del castillo, donde ricas camas doradas con colchones de damasco estacan dispuestas. Mas los religiosos se negaron á dormir en ellas. Diciendo que jamás descansaban sino sobre paja.

Entonces el señor, bajó el mismo á la caballeriza, y volvió cargado de paja y la estendió en el suelo.

Padre, dijo, rompiendo con un generoso esfuerzo el hielo de su corazon, yo quisiera volver á Dios; pero es imposible que el señor me perdone mis iniquidades!

Aunque vuestros pecados, repuso el misionero, escediesen en número á los granos de arena del mar, á las gotas de agua de las nubes y á las estrellas del cielo, todas las borraria el arrepentimiento y las perdonaria la clemencia de Dios: por eso el pecador endurecido no tiene disculpa, y eso es lo que formará su eterna desesperacion.

Entonces, arrodillándose, confesó sus pecados, mientras que abundantes lágrimas de contricion caian de sus ojos, sobre la paja en la que se habia arrodillado.

Cuando el misionero, despues de dar gracias al Señor misericordioso, se quedó dormido, sintióse transportado ante el divino tribunal. La eterna justicia tenia en la mano la balanza que pesa el bien y el mal: una alma iba á ser juzgada: era la del castellano. El espíritu infernal, con insolente triunfo, puso en una de las balanzas el cúmulo de sus iniquidades. Los ángeles buenos se cubrieron la cara con horror y compasion. El alma gimió con dolor. Entonces se acercó el ángel de su guarda, ese ángel tan dulce, tan paciente y tan bello, ese ángel, que nos pone el arrepentimiento en el corazon, las lágrimas en los ojos, la limosna en la mano, el rezo en la boca; traia algunas pajitas mojadas de lágrimas, y las puso en el plato opuesto de la balanza.

El alma se salvó.

Cuando el religioso se levantó á la mañana siguiente, halló al castillo en consternacion. Preguntó la causa.

El castellano habia muerto aquella noche.

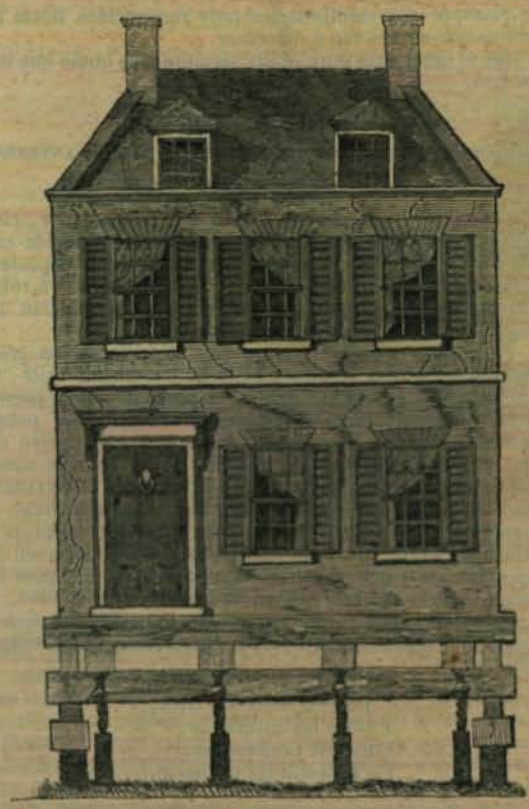
FERNAN CABALLERO.

CASAS DE MADERA EN AMÉRICA.

En el interior de los Estados-Unidos, reemplaza la madera á la piedra y al hierro sin que se sigan de ello graves inconvenientes. En las calles de muchas ciudades, está formado el piso por maderos ligados transversalmente, ó por tarugos clavados verticalmente á manera de estacas. Muchas arrecifes hacen el oficio de caminos de hierro con el auxilio de listones de madera colocados en una armadura transversal. Los malecones son construidos con idéntica sencillez. Se plantan troncos de árboles apenas cuadrados, en un agua bastante profunda para sostener á nado edificios grandes, se los nivela por cima de las mas altas mareas, y se eleva en lo interior un terraplen cuya plataforma se compone de un encajonamiento de maderos ó de

tejos á la altura de las calles vecinas. Tales son los malecones de Nueva-Yorck y de Botors. Tambien es en los Estados-Unidos donde se encuentran los puentes de madera mas atrevidos.

La madera es así mismo la materia principal con que se construyen las casas en lo interior del pais. Distínguense tres modos de construir las casas de madera. El mas sencillo es el de las *loghouses*, mansion ordinaria de los colonos primitivos, que se establecen en los bosques. El colono empieza por derribar un cierto número de árboles, cortándolos de la altura que le conviene, sin cuadrarlos ni aun despojarlos de la corteza.



Los bueyes les sirven para acarrear estos materiales á la inmediacion del lugar que han escogido. Recorre despues las habitaciones mas cercanas invitando á veinte ó treinta colonos para que concurran á ayudarle á construir su casa. En casos como este á nadie le es permitido escusarse á acudir á la invitacion. Reúnense en un dia convenido, y se ponen manos á la obra bajo la direccion de un gefe. En los ángulos se colocan piedras que sirven de soportes á las vigas que marcan las dos fachadas principales de la casa, y cuyas estremidades sesgadas reciben los tirantes que designan los costados. De esta primera hilada se pasa á la siguiente, taraceando siempre las vigas paralelas en los sesgos de los dos tirantes colocados precedentemente. Para colocar la última hilada, se hacen rodar los troncos de los árboles por estacas que forman un plano inclinado. El techo se construye paralelamente con vigas enclavijadas por la parte inferior á la última hilada de la muralla, y unidos por lo alto por medio de sesgos que permiten reunir sus estremidades. Entonces se separan, despues de un frugal banquete, quedando al cuidado del propietario al cerrar por sí mismo las aberturas que queden en cada pared, cubrir el techo con cortezas, de llenar con musgo y tierra arcilla los intérvalos de las vigas del esterior, y clavar las tablas por la parte interior.

Concluye la chimenea en lo interior ó fuera, segun la magnitud de la casa, y practican aberturas destinadas á recibir la puerta y las ventanas. Muchas veces suele instalarse en la nueva morada la familia del colono, sin esperar a que se hallen convenientemente cubiertas las aberturas. Las casas de esta especie son ordinariamente aseadas y cómodas: pueden durar de 20 á 40 años, quedando de esta suerte á sus propietarios tiempo suficiente para procurarse una habitacion mas conveniente. Entonces es abandonado el *log-house*, siendo muchas veces apresurada por el fuego su destruccion. El viagero que recorre las antiguas colonias, halla muchas veces, en medio de algunos cercados ó de un campo baldío, una columna de piedra groseramente construida, de unos 20 pies de altura. Es la chimenea de un *log-house* destruido, y del que no ha quedado ninguna otra huella. Tales son las *ruinas* con que se tropieza en los Estados-Unidos.

El segundo método de construccion es el de los *block-houses*, que son formados por maderos cuadrados y colocados por hiladas. Desgraciadamente los maderos inferiores se pudren á los pocos años, y por otra parte, cuando sobreviene una sequedad despues de prolongadas lluvias, se abre la madera en todos sentidos, y se desforman las paredes de la casa. Tal es la razon de que abunden tan poco las de este género.

Las casas mas elegantes se denominan *frame-houses*. Su frágil armadura consiste en cuatro fuertes vigas verticales, colocadas en los cuatro ángulos, y reunidas por travesaños horizontales. Numerosos pies derechos intermediarios terminan estos travesaños: llénanse sus intérvalos con latas y yeso, ó bien con un revestimiento de tablas delgadas, claveteadas interior y esteriormente. El techo es de tablas, sostenidas por cábrios de cedro ó de pino. Estas casas, pintadas de blanco, y decoradas con persianas verdes, presentan un aspecto agradable, pero resisten mal al calor y al frio, y á pesar del mayor esmero, no pueden durar mas de medio siglo. En cambio son de tal naturaleza que pueden ser trasportadas enteras de un parage á otro. Acaece tambien en los Estados-Unidos que el propietario que quiere construir una casa nueva en lugar de la que habitaba, se halla dispensado de hacerla derribar, como se le obligaria en Europa: vende su morada antigua á un comprador, que la hace trasportar á donde le conviene. Algunas veces tiene lugar este trasporte por otros motivos. Hé aquí un ejemplo tomado del *Penny Magazine* (t. VI):

El propietario de un molino de cuatro pisos, en su altura, y de cincuenta piés de longitud por cuarenta de latitud, quiso hacer trasladar dicho edificio á cien metros de distancia con el fin de tener una caida de agua mas fuerte durante las estaciones secas. Se convino por 100 dollares (2000 reales) con un mecánico, que se obligó á responder de todos los daños. El mecánico hizo construir entre el nuevo parage y el que ocupaba la casa, una via formada por cinco bandas de madera cuadradas, que correspondiesen á las cinco gruesas vigas longitudinales sobre que descansaba el piso del molino. Dicho piso fué quitado con el fin de dejar descubiertos los maderos, que fueron arrancados íntegros de la tierra con el auxilio de cuñas. Se colocaron debajo de cada tirante cuatro rodillos de madera, de ocho pulgadas de diámetro y cinco piés de longitud; ambas estremidades de los rodillos se hallaban llenas de agujeros, en los cuales podia ser introducida una palanca, como en los cabrestantes. Colocóse un hombre en cada palanca, ó lo que es lo mismo, cuarenta en su totalidad. Al cabo de tres horas de trabajo, la casa, llevada sobre los rodillos, habia atravesado la distancia apetecida; quitáronse los rodillos por medio de las cuñas que habian servido al principio para introducirlos debajo de las vigas, y hallóse el molino asestado sobre nuevos cimientos, sin que se hubiese arrancado un clavo, ni roto un vidrio. Esta operacion, ejecutada bajo la direccion de un simple obrero, demuestra bien hasta qué grado poseen los americanos el instinto de la mecánica.

FABULAS

TRADUCIDAS DEL ALEMAN.

La Verdad Sospechosa.

Llevaban á enterrar dos granaderos
al soldado andaluz Fermin Trigueros,
embrollon sin igual, que de un balazo

cayó sin menear ni pié ni brazo.
«¡Hola, sepultureros!»
les dijo un oficial: «murió ese tuno?»
«Murió» contesta de los dos el uno.
Aquí Trigueros en su acuerdo torna.
y oyendo la cuestion, dice con sorna,
«lo que es por la presente,
me figuro que vivo, mi teniente.»
A lo cual replicó su camarada:
«no dé Vd. á Fermin crédito en nada.
Siempre embustero fué: su fin es cierto,
pero de broma está despues de muerto.»
Quien falte á la verdad con esto cuente:
dirá que hay Dios y le dirán que miente.

El Viudo.

Suele amar la muger con gran ternura;
pero es siempre su amor de poca dura.
La firmeza al contrario, tiene un templo
en el alma del hombre: va de ejemplo.
Agonizando estaba
una muger á quien su esposo amaba,
no con amor vulgar, sino estremado
y en un largo noviage acreditado,
en que hubo riñas, paz, extasis, celos,
paterna oposicion, rival y duelos,
parando al fin la baraunda toda,
en enfermar la pobre señorita
sin desechar las galas de la boda,
«nadie su fin evita»
dijo la moribunda á su consorte;
«mas ya que está mi muerte decretada,
hazme para que menos angustiada
nuestra fatal separacion soporte,
haz, Gabriel, á tu Inés el juramento
de no tratar segundo casamiento:
con esto en paz conseguirás que duerma.»
Juró Gabriel y se murió la enferma.
¡Cuál fué el dolor del viudo!
¡Jesus! dolor de codo y mas agudo,
canicular dolor, seco y sin llanto
sordo al consuelo, y como sordo, mudo.
Pero Inés falleció, y hay por lo tanto
un cuerpo que llevar al campo santo.
Para ello se amortaja
con el nupcial vestido á la difunta;
mas antes que la encierren en la caja,
viene á verla Gabriel. «¿Quén es» pregunta
cuando la vé tan maja,
«quién es el que dispone de lo ageno,
y así me echa á perder trage tan bueno?
Si mañana me caso por ventura,
¿no le vendrá muy bien á la futura?»
Con la pena tal vez el desdichado
no se acordaba ya de lo jurado,
ni al jurar conoció que era simpleza
primero no contar con su flaqueza.

Uno de Tantos.

Poderosos, venid: trazaros quiero
la historia de un ilustre caballero
que, inmensamente rico,
años contó noventa y nueve y pico.
Escuchad y aprended: la historia es esta.
Nació mi buen señor, ya se supone:
comió, bebió y murió.. ¡Dios le perdone!
»¡Qué pérdida tan grave y tan funesta
»si llega á fallecer niño de pecho
»persona de tantísimo provecho!»

E. Hartzenbusch.

Máximas y pensamientos.

Ni cuaja nunca la nieve sobre el fango, ni existe nada que pueda lavar á un traidor.

El genio en las artes y las criadillas de tierra en los campos, se eximen de las reglas del cultivo; son fáciles de hallar, mas no así de reproducir.

El creso avaro que se cree pobre, en sueños, sueña que no duerme.

Quien se confia á un hablador y presta á un pródigo, suele hallarse en todas partes con su secreto, pero en ninguna con su dinero.

Siempre nos manifestamos muy reconocidos hácia los favores que se nos van á dispensar.

En el amor mas puro existe siempre mas humo que llama viva.

Solucion del geroglífico inserto en el número anterior.

Sin saber el verdadadero origen que pueda tener, circula entre el vulgo una especie de anécdota, acaecida entre el rey don Felipe IV y uno de sus mas festivos poetas, que por ser demasiado conocida, nos limitaremos á referir ligeramente, porque así conviene para la solucion del geroglífico inserto en el número anterior.

Parece ser que al referido rey le hicieron un gran presente en alhajas de oro y plata de muchísimo valor, lo cual visto por Quevedo (que es el poeta de quien hemos hecho mencion) esclamó ¡Nadie se acuerda del pobre Quevedo! Gustóle al rey sobre manera la insinuacion de éste, y le concedió todo lo que del regalo pudiera nombrar en una cuarteta improvisada; habia entre otras cosas, como imágenes, servicios de mesa, etc., unas antiparras, y como Quevedo era corto de vista y las usaba de contínuo por necesidad, creyó oportuno llevárselas incluyéndolas en la improvisacion y que al mismo tiempo le sirvieran para la asonancia de la cuarteta; entonces con el mayor aplomo, y mirando todo aquello que mas gracia le hacia, fué nombrando y componiendo á la par sus versos que resultaron así:

Por ver Moisés á Dios,
Púsose las antiparras;
Purísima Concepcion,
Para mí son las cucharas.

Y así fué efectivamente que se las llevó, dejando al rey celebrando la ocurrencia. Lo que de verdad pueda haber en este cuento, no lo sabemos; solo sí, que es una de las muchas vulgaridades que andan de boca en boca, y que vengan bien, ó no, en siendo algo chistosas se atribuyen al mas festivo de los poetas del siglo XVII.

CUESTIONES RECREATIVAS.

El interés con que son recibidos los geroglíficos que publicamos de tiempo en tiempo, nos ha hecho creer que nuestros suscritores verian con gusto alternar con estos juguetes, otros problemas sobre la historia, las ciencias, las artes, etc., mas instructivos tal vez y no menos entretenidos que los geroglíficos. A continuacion insertamos nuestras primeras cuestiones, cuya solucion daremos en el número siguiente.

I. Determinar, por medio de la geometría, la posicion mas ventajosa de los pies, para mantenerse derecho con toda firmeza.

II. Distribuir entre tres personas veinte y seis toneles, de los cuales siete estén llenos, siete vacios y siete medio llenos; de suerte que cada persona se lleve igual cantidad de vino y de toneles.

III. ¿En qué ciudad de España se han llegado á ver tres soles á la vez, en qué año y cómo?

MADRID: imp. de Alhambra y Comp., calle de la Colegiata, núm. 4.